

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 466

Alicante 8 de Noviembre de 1879.

Año X.

CARTA PASTORAL

que el Excmo. é Ilmo. señor Doctor D. Pedro Maria Cubero Lopez de Padilla, Obispo de Orihuela, dirige á sus muy amados Diocesanos con motivo de la reciente inundacion.

A nuestros muy amados Diocesanos, salud y bendicion en N. S. Jesucristo.

Con el corazon angustiado y el alma sumida en la amargura os dirigimos hoy nuestra voz, Q. N. muy dolorida ciertamente, pero inspirada, si cabe, más que nunca en el acendrado afecto paternal que os profesamos.

La mano del Señor nos acaba de herir visiblemente con una horrosa inundacion, la mayor que, al ménos desde tiempo inmemorial, ha experimentado esta comarca, y que llevando por doquiera la destruccion y la muerte en esta hermosa vega, hace pocos dias tan floreciente y hoy tan desolada, ha llenado de consternacion los ánimos y han reducido á la miseria á innumerables familias. Y en presencia de tal y tan

grande desventura, despues de haber llenado en los dias del peligro el deber que nuestro ministerio nos imponia y practicado lo que la caridad nos inspiraba, no hallamos en la tierra mayor consuelo que dirigirnos á vosotros, víctimas unos de la catástrofe que lamentamos, sabedores otros de tan sensibles males, y todos hijos nuestros, á quienes entrañablemente amamos en Jesucristo, y á quienes tenemos tambien la obligacion de instruir en los caminos del Señor, aprovechando especialmente las solemnes ocasiones que su providencia nos depara.

Una de ellas es, á no dudarlo, la presente. La justicia divina nos acaba de affigir, valiéndose para ello del agente mismo que nosotros ansiábamos para nuestro consuelo, del agua por la que tanto se suspiraba en esta provincia y en las limitrofes, á causa de la espantosa sequía que años há vienen sufriendo. Pero Dios en sus inescrutables juicios ha dispuesto que lo que pudiera servirnos de remedio, se convirtiera para nosotros en castigo mucho más tremendo que la sequía misma que tanto deplorábamos ¿Será que no habremos acudido á la divina misericor-

dia de la manera y con las disposiciones debidas, y por eso en vez de sus bondades nos habremos atraído su justo enojo? ¿Será que nuestras súplicas se hayan presentado ante el divino acatamiento más bien como irrisiones de la soberana Magestad de nuestro Dios que como sentidas plegarias, por la frialdad é indiferencia con que se hayan hecho, por la falta de espíritu de compuncion y penitencia que debió acompañarlas, y por haberlas mezclado más bien con el espíritu del mundo, entregándonos á sus diversiones, cual si nada nos affigiera, cual si no se sintiera la necesidad, cuya desaparicion pediamos?

Todo esto puede ser, y con razon tememos que sea, dada la manera de dirigir hoy sus preces al Altísimo la generalidad de los fieles en demanda del remedio de alguna pública calamidad. Pero aunque así no fuese enteramente, aunque nuestros clamores se hubiesen elevado al Trono del Señor con fervor y confianza, y con el acento triste y devoto del que se siente oprimido por la pena que le producen los males públicos, siempre seria una dolorosa verdad que queda en pié la causa de esos males que excitan contra los hombres el enojo del Señor, á saber, los extravíos de esos mismos hombres, sus transgresiones de la ley divina, su tenaz resistencia á la divina autoridad.

No hay que dudarlo, A. N. los hombres muestran hoy un persistente empeño en resistir á la autoridad

de Dios y en oponerse á su ley santa. Varias veces os hemos llamado la atencion sobre esto, con el fin de apartaros de esa general prevaricacion y libraros de que formaseis parte de ese desconcierto universal. Mas ¡ay! desgraciadamente observamos que nuestra voz paternal y cariñosa no ha obtenido los copiosos resultados que apeteciamos, y que los extravíos de muchos de vosotros añaden nuevas disonancias á ese general desconcierto, alterando el orden moral y turbando su equilibrio.

Pues bien, cuando el orden moral se turba y desconcierta, cuando el orden moral pierde notablemente su equilibrio, suele tener por consecuencia el desconcierto, digamoslo así, y falta de equilibrio del orden físico. Ah! es que Dios, autor de esos dos órdenes, ha subordinado el uno al otro, el físico al moral, y cuando los hombres turban el segundo por dar la preferencia al primero, adhiriéndose á la materia, cual si no fueran mas que un compuesto de materia, desentendiéndose del espíritu que es la parte más noble de su ser, entonces el Señor turba á su vez el orden físico y vienen las catástrofes, que son como fuertes revulsivos que llaman la vida del hombre al corazon, de donde habia salido para deramarse por los objetos exteriores con grave daño del hombre mismo.

Tales, A. N., la horrorosa inundacion que hoy lamentamos. Es un fuerte toque de Dios á nuestros corazones; es la voz aterradora de su justicia que, al vernos tan ingratos

á sus bondades, tan refractarios á su ley y tan entregados á las cosas exteriores y sensibles de este mundo, con olvido y menosprecio de su amor, nos repite entre el estruendo de los desastres aquel mandato, que con palabras suaves y benignas nos dejó consignado su misericordia en las santas Escrituras; *Redite prevaricatores ad cor*. Entrad, oh prevaricadores! en vuestro corazon. *Isaiæ XLVI. 8.*

Pero si la inundacion con sus funestas consecuencias es la voz de la divina justicia, no lo es ménos de la divina misericordia, porque es el castigo de un Padre que nos aflige para salvarnos, y que una vez dado ese golpe saludable, acude prontamente á restañar nuestras heridas y á prodigarnos sus consuelos. ¿Podreis dudarlo Q. N.? ¿No habeis sentido en vuestro interior y en derredor vuestro los que en medio de las aguas os hallabais poseidos de los mas serios temores, no habeis sentido, repetimos, la accion de los angeles invisibles del Señor que en esos dias de angustia os confortaban, y os daban valor y confianza, y os libraban de multitud de peligros? ¿No habeis visto acudir en nuestro socorro casi podriamos decir legiones de angeles terrestres y visibles, porque como mensajeros é instrumentos del Dios de paz y misericordia han volado en nuestro auxilio y mitigado nuestras penas, y endulzado nuestras amarguras?

Oh! es el primero que en calidad de tal se nos presenta nuestro augusto Monarca, ese príncipe gene-

roso y magnánimo, que no bien tiene noticia de nuestra desgracia, cuando al momento interrumpe el viaje que á la sazón realizaba, diríjese primero á consolar á nuestros hermanos de Murcia, y luego sin demora, con la mayor espontaneidad, y venciendo dificultades sin cuento, viene á nosotros, á recibir en su seno partenal los suspiros de su amado pueblo de Orihuela, y mezclar sus propias lágrimas con las lágrimas de sus hijos, los hijos de esta ciudad desolada, enjugándolas luego al calor de su caridad y Real munificencia.

Sigue á S. M. la serenísima señora Princesa de Asturias, y toda la Real familia que inspirándose en los deseos de su augusto Jefe y en los sentimientos caritativos de sus propios corazones, se apresuran á deramar en los nuestros el bálsamo del consuelo. Y tras de la Regia familia el Gobierno de S. M. con sus donativos y sus acertadas disposiciones, entre las cuales figura la suscripcion nacional, y nuestros Hermanos en el Episcopado, aun del extranjero, y lo que es más y sobre toda ponderacion apreciable, nuestro Soberano y amadísimo Pontífice Leon XIII, no obstante vivir en la actualidad de las limosnas de los fieles, y las Autoridades, especialmente la superior de esta provicia, que, ganando horas, con la actividad y celo que le distingue, vino á compartir con las muy dignas de la localidad y con la nuestra, y los desgraciados hijos de esta ciudad y su huerta las amargu-

ras en días tan críticos y azarosos. Finalmente, las diputaciones provinciales, los Municipios y tantas otras corporaciones de diversa índole, la prensa periódica y una numerosísima falange de personas particulares, entre las cuales figura especialmente por el cuantioso donativo que ha ofrecido, un señor que hoy reside en la capital de esta provincia.

Ved aquí, pues, A. N. cómo Dios nuestro Señor que, como dice la Escritura Santa, es quien mortifica y vivifica, ha templado los rigores de su justicia con la benignidad de su misericordia, y de esos grandes males que tan profundas huellas suelen dejar en el humano corazón, ha sacado tan magníficos bienes, como son la corrección de muchos extraviados, según lo esperamos, y las innumerables y brillantísimas manifestaciones de la caridad cristiana. Es más; abrigamos una confianza por todo extremo consoladora, que se refiere, no ya solamente á los que hemos sufrido la inundación, sino á toda España y á Europa, y áun pudiéramos decir al mundo entero. Ah! esa manifestación tan espontánea, tan unánime, tan generosa y tan universal de la caridad, no puede menos de ser presagio de grandes bienes para España, para Europa y para todo el mundo. Dios que, en frase del Apostol S. Juan, es la misma caridad, la caridad esencial, *Deus Caritas est*, y que es quien ha inspirado á nuestros hermanos cuanto han hecho y están dispuestos á hacer en favor nuestro, y

quien con las irradiaciones del fuego de su amor ha producido esa admirable explosión de caridad fraternal, ha querido tal vez con ello darnos una prenda de que sus bendiciones van á descender copiosamente sobre la tierra, y de que en su consecuencia el hielo del egoísmo, que tan perdida tiene á la sociedad humana, va á ser fundido por el calor de la caridad.

Plegue así á Dios nuestro Señor, y avive con su soplo divino ese fuego santo, y premie abundantemente á los que inspirados en él tanto se han interesado ó se interesen en favor nuestro. Y por lo que á nosotros toca seamos agradecidos á tanta bondad por parte de nuestro Dios, y no nos olvidemos de la que el mismo Dios ha querido que sea el conducto por donde vengán á los hombres todas sus gracias; de nuestra cariñosa y compasiva Madre la Santísima Virgen Maria, que en su sagrada Imagen de Monserrate es el dulce embeleso, y el consuelo y la alegría de los hijos de Orihuela, ante cuya presencia se desvanecen los peligros, y al contacto de cuyo ramo cesa el entumecimiento de las aguas del Segura, como una constante experiencia lo acredita, y sin lo cual acaso muchas veces y singularmente en la presente ocasión, una gran parte de esta ciudad hubiera sido arrebatada por las corrientes del río.

Seamos pues, repetimos, agradecidos á tanta bondad por parte de nuestro Dios y á la tan eficaz intercesión de su Sma. Madre, y á ese

celo tan activo y desprendimiento tan generoso por parte de los hombres. Aprovechémonos de las lecciones duras y suaves de la divina providencia: correspondamos como es debido al eficaz amor que nos han demostrado los hombres. Y puesto que en primera línea se nos presenta nuestro Monarca, correspondamos á su amor con nuestro amor, á su solicitud con nuestra obediencia y sumision, y á su espléndida munificencia con nuestras bendiciones y con nuestras plegarias al Rey de reyes, para que haga glorioso su reinado y le conceda paz, dicha y bienestar en union con su amado pueblo. Seamos agradecidos con la Real familia, con el Gobierno de su majestad, con los Sres. Senadores y Diputados de la Nacion, especialmente de las tres provincias inundadas, con la Autoridad superior de la provincia y con todas las de esta M. N. Ciudad que asociados de otras personas notables de la misma, y secundadas por la benemérita Guardia Civil, rivalizando en abnegacion y en heroismo en esos dias de tan penosa angustia, han acudido prontamente á todas partes, llevando el auxilio y el consuelo á cuantos se veian en peligro ó gemian en la necesidad y en la aficcion. Estemos tambien altamente reconocidos á nuestro Soberano Pontífice, que en medio de sus grandes necesidades no nos ha olvidado, mostrándonos por el contrario su paternal interés en la prontitud con que ha acudido á nuestro socorro: y á los

Reveréndos Prelados de la Iglesia que no solo con su óbolo particular, sino escitando tambien á sus diocesanos al ejercicio de la caridad, han procurado con tanto empeño nuestro alivio. Finalmente, á las corporaciones y á los representantes de la prensa periódica, y á los particulares todos que en número asombroso se han interesado por nosotros. Roguemos á Dios por todos ellos, que les colme de bendiciones y les haga abundar en bienes, sobre todo espirituales, que les conduzcan á su eterna salvacion.

Y por lo que á vosotros hace, queridos hijos nuestros, los que no habeis sufrido la inundacion, dad incessantes y fervorosas gracias á Dios por tan inmenso beneficio, y contribuid á que se mitigue el dolor y se enjuguen las lágrimas de vuestros hermanos, concurriendo á ello con vuestros donativos. Bien sabemos la escasez de recursos que os aflige por la grande y prolongada sequía que vienen experimentando vuestros campos; pero nos es tambien conocida vuestra caridad, que sabe hacer prodigios cuando se trata de socorrer las necesidades del prójimo. Fiados pues en ella, y puestos los ojos en Dios que se complace en retribuir ciento por uno á los que emplean parte de sus bienes en alivio de sus hermanos, no vacilamos en abrir una suscripcion en cada una de las parroquias de los pueblos no inundados, á cuyo efecto los Curas y Regentes de las mismas darán conocimiento á las Autoridades loca-

les, invitándolas atentamente á tomar parte en ellas si gustan, y con su beneplácito, auxiliados de los demás eclesiásticos de la Parroquia, recorrerán la feligresia recogiendo los donativos que tengan á bien hacer los fieles y remitiéndonoslo á la brevedad posible para su pronta distribución.

A este y demás fines indicados en estas pastorales letras, se leerán las mismas en todas las Parroquias y Anejos de nuestra Diócesis al Ofertorio de la misa conventual, el primer dia festivo despues de llegar á ellas.

Recibid, A. N, con la más sincera espresion de nuestro paternal afecto nuestra pastoral bendicion, que de todo corazon os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espiritu Santo.

Orihuela 22 de Octubre de 1879.
—*Pedro María, Obispo de Orihuela.*—
Por mandato de S. E. I. el Obispo mi señor, *Dr. Indalecio Ferrando*, Canónigo Magl. Srio.

SALSA DE CURA.

Está visto. La gentecilla del dia no puede guisar sin este sabroso adobo plato alguno de los suyos, so pena de encontrarlo soso y desabrido para su paladar. ¿Qué le van ustedes á hacer? Es vieja manía de la secta, y no la va á dejar sino con la vida. Achacoso y decrépito como viene siendo el liberalismo español,

no pierde todavía estas que fueron malas mañas de su juventud; á semejanza de los viejos verdes, no renuncia á sus calaveradas, aun á riesgo de excitar sonrisas de compasion ó carcajadas de desprecio.

Habrán Vds. leído ú oído contar (¿quién lo ignora?) lo de las infelices ciudades de Murcia, Orihuela y demás inundadas. El cuadro es aterrador por el número de las víctimas y la importancia de las pérdidas. Consuela, empero, ver como sobre él se cierne el ángel hermoso de la caridad cristiana para aliviar tantas desdichas y enjugar tantas lágrimas. España, nuestra querida España, con orgullo lo podemos decir, está haciendo por los desventurados más, infinitamente más que lo que en casos parecidos ha hecho cualquier otra nacion. Sí, habida razon de nuestro malestar económico, vulgo pobreza, no hay pueblo alguno que haya hecho jamás lo que para aliviar el gran desastre está haciendo el pueblo español. ¡Bendito sea él! ¡Y cómo se le conoce el antiguo fermento de fé cristiana en que estuvo amasado este gran pueblo! ¡Como le luce, á pesar de sus modernos positizos, la vieja educacion católica, recibida de manos de nuestra Madre la Iglesia, por obra de sus obispos, de sus curas y de sus frailes!

Pero ¿qué quieren Vds.? En este cuadro espantoso de azotes de Dios, cuyo horror suavizan los esplendo-

res de la caridad evangélica, ha tirado el liberalismo uno de sus rasgos satánicos. Es el siguiente: Entre los grupos del pueblo y ejército y autoridades, que en honrosa competencia ponen á riesgo sus vidas para salvar las de sus hermanos, hace destacar la figura de un cura párroco que, en medio de los sollozos de su grey consternada, se apodera él solo del campanario parroquial, atranca la puerta y niega la entrada en él á los desdichados que acuden á buscar allí salvacion.

A consecuencia de lo cual, parece ahogado todo el vecindario, salvándose solo el susodicho Cura á costa de todos los demás. Hoy no queda ni una casa ni un vecino de aquella desolada feligresía; queda sólo un hombre; el Cura egoísta y criminal; á quien, dicen, se está formando sumaria; queda sólo un edificio, la torre parroquial, padron perpétuo de ignominia del clero y del Catolicismo.
¡Tableau!

Esta es la historia estupenda; este es el rasgo satánico trazado por el infierno sobre el cuadro confuso, á la vez de grandes horrores y de grandes heroísmos, que ha hecho contemplar al mundo el desastre de nuestras provincias inundadas. Todo es grandioso allí, ó por lo horrible, ó por lo admirable. Una sola cosa aparece ridícula y vergonzosa y odiosísima: el Cura católico, el egoísmo clerical. Y sin embargo ¡esta historia es una infame mentira,

es una infame calumnia!!! Hoy la desmienten públicamente las noticias más autorizadas del teatro de aquellos sucesos. Leo en *La Correspondencia de España*, diario nada ultramontano, nada neo, nada clerical: «Cuanto se ha dicho acerca de Nonduermas es absolutamente falso. Este virtuoso sacerdote, víctima de una inexplicable calumnia, llenó cumplidamente sus deberes.»

Así leo, pero entre tanto la fábula villana, que á *La Correspondencia* le parece inexplicable, y que nosotros ¡por desgracia! nos explicamos muy bien, la fábula villana ha dado ya la vuelta á España y al mundo, y ha sido el socorrido tema de blasfemias por parte de toda la prensa anticatólica durante una semana. Y en cafés y tabernas, en plazuelas y barberías, el nombre del Cura de Nonduermas y la honra de toda su clase y el prestigio de nuestra santa fe han sido objeto de la saña de los impíos y de las hablillas de muchos que, con todo y no ser malos, toman por verdad incontestable cuanto viene en letra de molde, sin averiguar la procedencia. ¡Y hasta el *Diario de Barcelona* (¿*Tu quoque, fili mi?*) hasta el *Diario de Barcelona* ha servido á sus lectores la vil noticia, bien que á los seis días haya publicado también el suelto que la declara calumniosa. Pero entre tanto ¿quién les quita á las gentes incautas el escándalo y á la clase parroquial el deshonor, á los ojos de los infinitos que habrán lei-

do el miserable cuento sin leer despues la rectificacion?

¡Pobres Párrocos! Esta es acá vuestra condicion y la recompensa de vuestras fatigas. Una inmunda gaceta que escribe un desconocido en cualquiera de los centros de maldad, verdaderas sucursales del infierno que tiene establecidas la Revolucion entre nosotros, os da en rostro cualquier dia con una de estas inmundicias, ¡y teneis que aguantar! Parece por de pronto que debiérais tener derecho á vuestra honra, como le tiene á la suya todo ciudadano honrado: pero no es así. Sois los párias en nuestra sociedad. Puede escupir en vosotros quien le dé la gana, y no os toca más que aguantar el salvazo.

Hasta diarios *soi disant* católicos y conservadores se harán eco de la voz infernal que os silba y apostrofa. Llevadlo en paciencia, amigos míos, y acordaos del rostro del salvador, escupido y acardenalado por nuestro amor. Lo dicho. Es esta vuestra condicion y no os cabe otra: servirle de salsa á todo pisto liberal que se quiera hacer apetitoso á los paladares de la secta.

¡Paciencia, hermanos! y *orate pro persequentibus et calumniantibus vos.*

Cosme.

(Correo Catalan.)

LA REGLA FILOSÓFICA

de Su Santidad Leon XIII, Papa,
propuesta en la Enciclica «*Aeterni Patris.*»

(Conclusion.)

Separar la filosofía de la teología era lógico y necesario para aquellos que querian destruir la fé católica, y evidente por dos motivos: en primer lugar, porque aquella, como demuestra Su Santidad, es verdaderamente esclava de esta; nos demuestra los motivos de credibilidad; destruye todas las dificultades que contra la fé se presentan en nombre de la ciencia, y hace más querida y aceptable la fé. En segundo lugar, porque no pudiendo haber oposicion verdadera entre la sincera filosofía y la fé, y queriéndose tambien demostrar que tal oposicion existe, era preciso dar entrada á falsas filosofías que necesariamente, como tales, se oponen á la fé.

Emancipada la filosofía de todo respeto á la fé y rotos los lazos que la unian á la autoridad infalible de la Sede Apostólica, no hubo suerte de locura que no fuese introducida. Panteismo, materialismo, idealismo, positivismo, transformismo, epicurismo: tantos y tales disparates forman el tesoro de la filosofía emancipada de la fé en estos últimos tres siglos. Y al considerar en estos momentos los antecedentes de la *Regla Filosófica* establecida por el Padre

Santo, no podemos desconocer lo que él mismo deplora: que también filósofos católicos, separándose con soberbia ligeraza de la filosofía del de Aquino, se han engañado corriendo con soberbia ligereza detrás de los no católicos, aunque no hayan caído en las enormidades filosóficas de aquellos, ó han trabajado en la construcción de nuevos sistemas filosóficos sin tomar por base la verdad. De aquí, como observa el mismo Padre Santo, que tengamos, por un lado, una filosofía loca é impía que todo lo corrompe, y que por la destrucción del orden especulativo corre á la destrucción del orden práctico; y por otro, una continua fluctuación y falta de estabilidad, á causa de lo cual los católicos, divididos entre sí y dudosos, son poco á propósito para derrotar el error é impedir males sin cuento que sobrevienen cada día á la sociedad civil.

Por esto los Papas, que tienen el derecho y el deber de velar con especial cuidado para que el depósito de la fé no sufra menoscabo, tienen el derecho y el deber de vigilar la filosofía, y hacen oír de tiempo en tiempo su autorizada voz. Además condenan falsas proposiciones, ora especulativas, ora prácticas; por medio de las Congregaciones romanas censuran muchísimas doctrinas filosóficas y condenan no pocos libros que, ex profeso, tratan de filosofía, especialmente de los jefes de escuela. Con todo, no se logra con esto un remedio general y eficaz. Las nuevas sectas filosóficas siguen pu-

lulando, y aún dura en muchas escuelas católicas la discrepancia en puntos de grande importancia, y de aquí la confusión y la debilidad. No puede ménos de causar maravilla que en este siglo, en escuelas dirigidas por sacerdotes, se haya enseñado una filosofía calcada en la de Locke y Condillac, y que de esta filosofía se haya pasado luego en las escuelas católicas á enseñar el ontologismo y cierto ocasionalismo. En muchísimos cursos filosóficos de laicos, y también quizá de eclesiásticos, no se tenía presente en muchos puntos lo establecido por los Concilios y por las Congregaciones romanas; y el ángel de las escuelas, el primer filósofo, solo era nombrado de paso, como si fuera hombre adocenado, mientras se honraba con el título de filósofos á hombres de mediano talento, de desenfrenada filosofía, y sus sueños inconexos eran tenidos por sublimes especulaciones llenas de verdad.

Hace ya algunos años nació un universal deseo de reforma filosófica: la filosofía escolástica fué honrada por muchos, que trataron de demostrar que el Doctor Angélico nos dejó en sus obras un sistema completo de filosofía, el mejor de los descubiertos en estos últimos siglos, el cual de un modo noble debe conciliarse con los verdaderos descubrimientos de las ciencias modernas, y con las consecuencias que lógicamente y según verdad se deducen de los hechos mismos. Se publicaron algunos cursos de filosofía escolásti-

ca elemental, según las doctrinas de Santo Tomás de Aquino; en muchas obras se discurre sobre los principales puntos del sistema de Santo Tomás, y se demostró la falta de subsistencia y la falsedad de todos los sistemas opuestos. Entonces nacieron las Academias de Santo Tomás de Bolonia, y la de Perusa, fundada por su Arzobispo, ahora Sumo Pontífice, y la de Nápoles, sostenida por el Conde Sforza. La Academia filosófica de Santo Tomás, fundada en 1874, ha dado pruebas en estos últimos años de una peculiar y universal energía y obtenido resultados inesperados, si se tiene en cuenta la condición de los tiempos que hemos alcanzado. El periódico *La Scienza Italiana*, escrito por dos socios académicos de Bolonia, se propuso demostrar que los principios cardinales de la filosofía de Santo Tomás no se oponen á lo que hay de verdadero y de cierto en la ciencia moderna, aunque se oponen á las infundadas hipótesis de muchos sábios modernos. La Sede Apostólica aplaudió durante el Pontificado de Pio IX este general movimiento de retorno á la filosofía escolástica, y en cien ocasiones se mostró favorable á dichas doctrinas, pero no *prescribió* su enseñanza en las escuelas católicas. Oponíanse de frente á este movimiento los modernos adversarios del Catolicismo, los cuales hoy profesan, casi todos, la filosofía teórica y práctica de Epicuro. Además el mismo movimiento fué combatido con grande ardor por muchos filósofos

católicos, los cuales temían que la vuelta á la tan odiada filosofía escolástica ocasionase gravísimas consecuencias y cismas, especialmente entre los seculares doctos. Mientras tanto el orden social corría peligro; la guerra en nombre de la ciencia se hacia cada vez con más jactancia, hasta llegar á afirmarse en casi todas las obras de erudición de los pseudo-filósofos, que el antagonismo entre la fé y la ciencia es evidéntísimamente claro, y que ó hay que renunciar á la ciencia y á los derechos de la razón, ó á la fé católica.

Estos son los antecedentes de la *Regla filosófica* dada por el Pontífice en la Encíclica *Aeterni Patris*. Este es el estado de las cosas. A pesar de los detractores del sapientísimo Leon XIII, dado por favor divino en estos tiempos tempestuosos para la Iglesia, demostraremos que convenientemente se dedica á reformar la filosofía, y que es prudente, oportuno y justísimo el modo como quiere que se lleve á cabo la reforma. No hacemos esta demostración para los católicos sinceros que se inclinan ante la autoridad pontificia; no tienen necesidad de ello. El verdadero católico acoje las instrucciones que el Vicario de Jesucristo dirige al mundo católico, no como persona privada, sino como Obispo de toda la Iglesia católica, con respeto, con plena sumisión externa é internamente, proponiéndose cumplirlas en cuanto está de su parte. Pero como el filósofo ha de justificar, filoso-

fando, las obras de Dios y los decretos de su Providencia contra los impíos y los necios, así procuramos siempre hacerlo nosotros con las solemnes disposiciones de la Sede Apostólica, y principalmente con la Encíclica *Aeterni Patris*.

(De *La Civiltà Cattolica*).

CRÓNICA RELIGIOSA.

Parábolas de Krummacher.

VLIV.—Salomón.

Hacia ya treinta años que el sabio rey de Jerusalem, Salomón, ocupaba el trono de su padre David. Había reunido á su alrededor todas las riquezas de la tierra y gozado de todos los placeres de la vida. Un día se oscureció el rostro del sol, y toda la comarca quedó sumergida en las tinieblas durante algunas horas. Salomón se hallaba sentado en lo alto de su palacio, triste el corazón y nublada el alma.

Allí permaneció hasta que apareció sobre su cabeza el ejército de las estrellas. Entonces alzó los ojos al firmamento, y dijo:

—Los ejércitos del Señor marchan encima del sol, rodeados de eterno esplendor, y su imperecedera belleza desconoce la sucesión de luz y oscuridad. Mas la misma luz del sol, que brilla sobre la tierra, tiene manchas y horas de turbación y oscuridad. La tierra va siempre errante, y debajo de ella hay

flotantes meteoros, estrellas que caen, auroras boreales de variables aspectos, lumbreras de un solo instante; mientras que en la superficie de la tierra se agita el fuego engañoso de las pasiones. ¡Ah! ¡vanas alegrías de la tierra! exclamó el Rey suspirando: el hombre trata de alcanzaros cuando puede levantar sus ojos más allá de las estrellas.

Salomón permaneció todavía largo tiempo mirando al cielo, y después descendió diciendo:

—Todo es vanidad debajo del sol.

Patagonia.—El siguiente extracto de una carta del 16 de Junio del año actual, dirigida desde Patagones al señor arzobispo de Buenos Aires por monseñor Espinosa, da noticias de la misión de los Salesianos en aquel país, hasta ahora impenetrable.

«El 1.º de Junio, en Chode Clivel, dice, tuvimos el gran consuelo de bautizar á sesenta indios, que se han incorporado en lo que ya puedo llamar nuestro pequeño ejército. El día siguiente el Padre Cartamagna bautizó á veintidos niños indios y catorce jóvenes adultos; nueve indios recibieron también el bautismo el día 4.

»El 5 reconocimos á Náquera, partimos para Patagones y, después de cinco días de marcha, llegamos á la colonia de Conossa, donde bautizamos á cincuenta niños y celebramos la Misa, á la cual asistieron todos los jefes y familias de la colonia.

»Todavía nos separaban cuarenta leguas de Patagones, pero las salvamos en dos días, bautizando de paso en la Guar-

dia Metre á dos niños, y siendo recibidos en todas partes por todas las gentes con gran respeto y alegría. Por fin el 12 llegamos á Patagones, é inmediatamente empezamos la mision, de la que se esperan grandes frutos. Despues penetraremos en el interior, en el desierto, donde tantos indios idólatras esperan la luz del Evangelio.»

¿No es verdad que son muy consoladoras estas noticias?

Anam. — La mision del Tonquin exige pronto y grandes auxilios. «El hambre, dice uno de los misioneros, está causando todavía estragos, y tenemos más de tres mil niños rescatados; al paso que llevan las cosas, la Obra consumirá este año más de treinta mil pesetas, siendo, en tanto, imposible construir los asilos, á pesar de que son necesarios. Otros tres mil paganos están ya instruidos y dispuestos á recibir la gracia bautismal; así es que, comprendiendo la necesidad de no retroceder, el Superior de la Mision no ha vacilado en contraer empréstitos de alguna consideracion. Esta pobre gente vende sus hijos á los chinos, y á toda costa debe prevenirse esta desgracia, porque es terrible la vida que á esos infelices se les prepara.

«Lo que no se comprende es la conducta de los gobiernos europeos. A poco que pusieran de su parte, podrian encontrarse con inmensos territorios católicos, es decir, civilizados, que satisficieran pronto sus siempre crecientes necesidades comerciales; y sin embargo, los gobiernos europeos ven perderse y

despoblarse estos paises, con una indiferencia que no se comprende, estando su interés de por medio, y dejan á los misioneros entregados á sus propios recursos, que son nulos, aunque, por la gracia de Dios, los frutos son ópimos.»

No nos quejamos, despues de todo.

Si los gobiernos necesitan de la Iglesia, la Iglesia no necesita de los gobiernos, y es bueno que se vea cómo atacándose á la Religión en la vieja Europa, la Europa vuelve al estado salvaje, mientras los pueblos salvajes, por la accion y el sacrificio, siempre crecientes en los hombres á quienes aqui se llama enemigos de las luces, codiciosos y ambiciosos, forman pueblos morales y civilizados.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

En Santa Maria, á las nueve, tercia y misa conventual.

Por la tarde, á las cuatro, la novena de las Almas, en la que predicará don Vicente Morell, Beneficiado de la Colegiata.

En las Capuchinas celebrará la Archicofradia Teresiana la funcion del *segundo domingo de mes*. Por la mañana, á las siete y media, misa de Comunion general, y por la tarde, á las cuatro, los ejercicios de costumbre con plática á cargo de D. Enrique Farach.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis y media, misa de renovacion, y por la tarde, á las cuatro, trisagio.

Sábado.—En la Colegial, á las ocho, y en Santa Maria, á las nueve, misa de renovacion.